

En Viaje

REVISTA MENSUAL DE LOS FERROCARRILES DEL ESTADO - CHILE



Abril
1936

Las leyendas del campo chileno.

por Luis Durand.

L viento misterioso, teñido con la sombra de la noche y empapado en la humedad de los esteros que esconden su murmullo bajo el follaje de los montes, se ha colado de repente por entre las rendijas del rancho para hacer oír su canción quejumbrosa. Como un niño juguetero, ha revuelto el humo de la fogata que alumbra la estancia con sus llamas rojas, para hacer resaltar las brasas encendidas que los troncos de hualle van dejando en el poyo. Ha llegado el Otoño, melancólico, que enrojeció los robles y puso una transparencia amarillenta en las hojas de los canelos, y ha hecho más sombrío y lustroso el follaje de los boldos. Hay algunos árboles que se han desnudado de improviso, y cuando el viento los azota, crujen dolientes tratando de buscar abrigo en el ramaje de los otros árboles que aún conservan su desteñida vestidura.

La noche campesina, ya ha envuelto el rancho edificado en el faldeo, en donde se alza buscando el reparo que lo defenderá de los huracanes invernales. Se ha oscurecido muy temprano, y ya los pájaros no cantan de noche, como lo hacen en la primavera, inquietos con el aroma penetrante de los frutos y de las flores y por la claridad lunar que les viene a acariciar cuando la rama en que duermen deja entrar la suave luz. Ahora la familia se ha reunido temprano junto a la fogata amorosa, para conversar y evocar el tiempo que se les

escapó sin haber logrado atrapar la felicidad, que todos los hombres anhelan.

Juegan los chicos en un rincón y luego se cuentan leyendas y consejas:

—¿La lloica, qué dijo entonces?

La lloica gritaba afligida, reclamando que la tenca la había herido en el pecho, que mostraba rojo de sangre.

—¡Si fué con cuchillo!—clamaba dolorida.

—¡No! Fué a trompón, fué a trompón, cototón, cototón—contestaba la tenca, atropelladamente.

—¡Así fué, juraré, juraré!—chillaban los tordos formando una tremenda algazara.

Pero nadie se puede poner de acuerdo. Hasta que llegan los queltehues que son la policía de los pájaros, porque siempre andan en pequeñas patrullas, y se los llevan a todos presos. Empero, así como ocurre entre los hombres, la justicia nunca deja contenta a los que sufren sus rigores, y la

loica sigue llorando su desgracia en todas partes.
—¿No la han oído ustedes cuando desde los árboles, mecidos por la brisa, o en la punta de un tranquero, lanza su canto doliente?

.....fué con cuchillo.....

Nadie le ha podido convencer, de que no la hirieron en esa forma y es por eso que busca la soledad, no obstante, su dolor, poco a poco se le ha ido transformando en dulzura y en música, que embellece el paisaje en esa hora de la siesta cuando el campo se amodorra en el estío, bajo la ardiente caricia del sol.

Los chiquillos con los ojos muy abiertos, oyen los cuentos de la abuela, que prende a cada rato su largo cigarrillo de hojas en las brasas. Los nietos nunca se satisfacen de historias y leyendas. Hay algunas que ellos saben de memoria, pero a través de los labios de la anciana adquieren un nuevo y singular encanto, porque ella, siempre sabe algún detalle que se le escapó en otra ocasión, o que ellos olvidaron.

—¿José Puntete?

—José Puntete, era así, medianito. Poquito más alto que una cuchara y quiensabe si ni tanto. Pero muy arrejonado. Le gustaba andar de a caballo no más, y para eso ensillaba cualquier animal que encontraba durmiendo. Porque José Puntete, acostumbraba salir en esa hora cuando el sol comienza a cabecear por encima de las montañas, y se pierde en la escuridá....

El resplandor de las brasas, ilumina el rostro de los niños, en cuyas pupilas hay una luz ansiosa. Afuera el viento gime. En las vegas los pidenes gritan agudamente: ¡Viva el Rey! mientras en el potrero los bueyes mugen con hondo lamento. El zorro en el alto de la loma en donde está el rancho, ha lanzado su carcajada: ¡huac-huac!

Mueve la cabeza la anciana con aire malicioso, y exclama:

—Ahora se ríe, la picaronaza, pero así le fué con don José Puntete, una vez que la pilló durmiendo...

Los chiquillos contienen el aliento, y alargan el cuello casi encima de las brasas afrontando el hábito ardiente de la fogata, para oír mejor.

—¿La pilló durmiendo?...

Ellos lo saben porque ya muchas otras veces lo han oído, pero sienten un cosquilleo delicioso, cuando la abuela cuenta que José Puntete pilló a la zorra durmiendo, y que se le fué encima a pesar de ser tan chico. No más alto que una cuchara.

—Sipués, la pilló dormidita a la zorra y altirito la aferró de las orejas. La zorra que abre el hocico y José Puntete que le encaja el freno y le pone las cabezadas. La zorra quería mañosiar reculando como las bestias nuevas, pero el chiquitito ya le había puesto la montura, y le tenía la barriguera bien apretada. José Puntete, era muy de a caballo; usaba espuelas grandes, faja de seda, y su par de puñales por si le tocaba hacerle frente a alguien. Porque andar de noche por los caminos siempre es un poco contagioso... También manejaba su pañuelo al cuello, y su poncho laboreado. Le gustaba tratarse muy bien.

Una noche en que la zorra iba un poquito espiá, se le ocurrió a José Puntete pasar a pedir alojamiento a la casa de unas gentes acomodadas. Como era tan chiquitito, dormía en cualquier rincón, y no molestaba a nadie.

—Oiga Don — le gritó desde afuera, al dueño de casa—¿en que parte podría encerrar mi caballito?

Los de la casa nunca se pensaron, la laya de caballito que andaba trayendo el Chico.

—Amárrelo al lado adentro del gallinero — le gritaron.

Los chiquillos se ríen locamente al pensar lo que haría la zorra alojada en el gallinero. ¡Qué José Puntete más condenado!

—El desparramo, no más dejaría...

La abuela chupa porfiadamente el cigarrillo de hojas, en tal forma que sus mejillas arrugadas, son ahora dos hoyos que oscurece la sombra, pues la



lumbre de las brazas no alcanza a iluminarle el rostro.

—¡Hay que ver todas las otomías, que hizo la zorra allá en el gallinero.

—Pa eso no estaba naitita de espía—interrumpe uno de los chicos....

—Mm... — hace la abuela, lanzando el humo del cigarro. — Pero José Puntete las raspó tempranito, mucho antes que rayara el sol. Las gentes de la casa, como de campo que eran, también madrugaban, y cuando fueron a repartir la ración de las aves, llegaron solo unas cuantas, cacareando asustadas. Entonces se vinieron a fijar en la mortandad que había hecho el caballito de José Puntete.

El vétero, enfurecido, se encaramó en pelo en uno de sus caballos y llamando a todos sus pe-

rrros, salió siguiéndole el rastro a la zorra. Como ésta había comido tanto, apenas podía trotar, así fué que muy prontito los perros, le hicieron la atropellada en tal forma que ni José Puntete, alcanzó a desmontarse. Por fortuna fué a caer entre unas matas de junquillos en donde nadie lo vió.

—Como era tan medianito, muy pronto, se arrancó, mientras los perros embravecidos le sacaban las túrdigas a la zorra. Después, por ahí entre unas matas de trébol, José Puntete, cansado se quedó dormido, y ni siquiera se dió cuenta cuando un buey se lo tragó...

Afuera el viento como un hombre ciego, que anduviera estrellándose con los tarros y las tablas que hay afirmadas en la quincha del rancho, prolonga su gemir. Es como el alma de la noche,



que anduviera buscando el amparo de unas palabras, y el amor del fuego que chisporrotea en las casas campesinas. Los chiquillos que estaban semi dormidos, se despabilan sorprendidos y asombrados:

—¡Por Dios, abuelita! ¿Así es que ahí no más le llegó a José Puntete?

—¡Qué esperanza! Si era muy hombre, y no se iba a ahogar en los intestinos de un buey. Ligerito no más sacó su puñal, y de un tajo abrió un portillo, por donde se arrancó a buscar el freno y la montura, que habían quedado donde los perros mataron a la zorra. En esto venía pasando un conejo y José Puntete le hizo una armada, metiéndole el freno en el hocico y antes de un suspiro ya estaba empetrecado en él. De ahí se fué...

Las aventuras de José Puntete son infinitas. La anciana se guarda de contar aquellas en que José Puntete se sube por los flecos de la colcha de la cama de las doncellas, y descubre sus más preciados secretos. Sus aventuras a campo raso, son tan famosas como aquellas en que el misterio de una alcoba suele ser mucho más peligroso.

Noche a noche, el rincón del rancho perdido entre los montes, se puebla de leyendas que fluyen inagotables de los labios de los campesinos. Esta noche es la abuela, la que cuenta; mañana será el pastor que cuida sus rebaños entre las serranías abruptas, o el campañista que se levanta antes de que las montañas se tiñan con el suave rosicler del alba. Nadie cuenta acontecimientos ocurridos en otros países a no ser, aquellos que comienzan, con la frase de ritual: Este era un rey que tenía... O bien: Para saber y contar, y contar para saber, estera y esterilla...

A veces la noche es alegre. El cuero de ternero, que siempre guardan en el rincón más fresco de la vivienda, ahora está hinchado como un animal deforme, húmedo y resbaladizo. En las pupilas hay una chispa de alegría, y nadie se preocupa de oír el murmullo de la noche que invita a oír la leyenda medrosa y terrible, que hace gritar a los chiquillos:

—Mamita, tengo miedo. Venga a acostarse luego.

El vino, agridulce de las cepas chilenas, pone el espíritu travieso y juguetón, y es entonces cuan-

do Pedro Urdemales, con su inagotable ingenio de pícaro incorregible hace reventar de risa a los circunstantes. Es un don Juan campesino, que burla a los padres, a los hermanos y a las mismas mujeres cuyo amor ya ha conseguido, y que lo hacen meterse en los más terribles enredos, de los cuales siempre sabe salir bien parado.

Pero de pronto, la risa se les extingue en la garganta, y sin saber cómo, alguien recuerda, por cualquier detalle, al "lampalagua", el terrible sape que mora en los pantanos y que sólo en las noches se aventura a recorrer los caminos, arrastrando su vientre húmedo y pegajoso a través de los pequeños senderos. Deja una huella tan conocida, que hasta los caballos, resoplan espantados cuando la huelen en las mañanas. Y es que el "lampalagua" es un monstruo tan terrible que atrae a cuanto animal encuentra cerca de él, sólo con su formidable aspiración, Zorros, conejos, y hasta los chingues, huyen enloquecidos de espanto cuando sienten el aire estremecido, con profundo respirar.

Y así se vá sucediendo, una tras otra la leyenda del campo chileno, que siempre está a flor de labios entre los campesinos, y con las cuales entretienen las veladas invernales. El Reni, que es una niña de largos cabellos de oro, que canta en los esteros; la Chascuda que se deja caer sobre el cuello de los jinetes en todos los caminos; el toro que brama en medio de la laguna, y que sale por las noches a bramar en el sitio donde hay un entierro, sin que nadie se atreva a seguirlo. Los cueros de pelaje sedoso que tientan a las gentes a tenderse sobre ellos, y que de pronto los envuelven sin saber cómo, para ir a dar al fondo de abismos maravillosos, de donde jamás se vuelve.

¡Pero las historias más escalofriantes, son aquellas en que interviene el demonio. El "Maliuno", como le llaman los campesinos, y que aparece en diversas formas. Siempre anda interesado en comprar almas, que se atreven a hundirse en una eternidad de padecimientos, a cambio del dinero que el "Maliuno" es pródigo en ofrecer.

¡El Maliuno! Signo terrible y misterioso de todas aquellas cosas fantásticas que oculta la noche. Fuerza insondable en la cual nadie puede confiar ni esperar, a no ser que un viento de locura le cruce los sentidos y se entregue ciegamente a

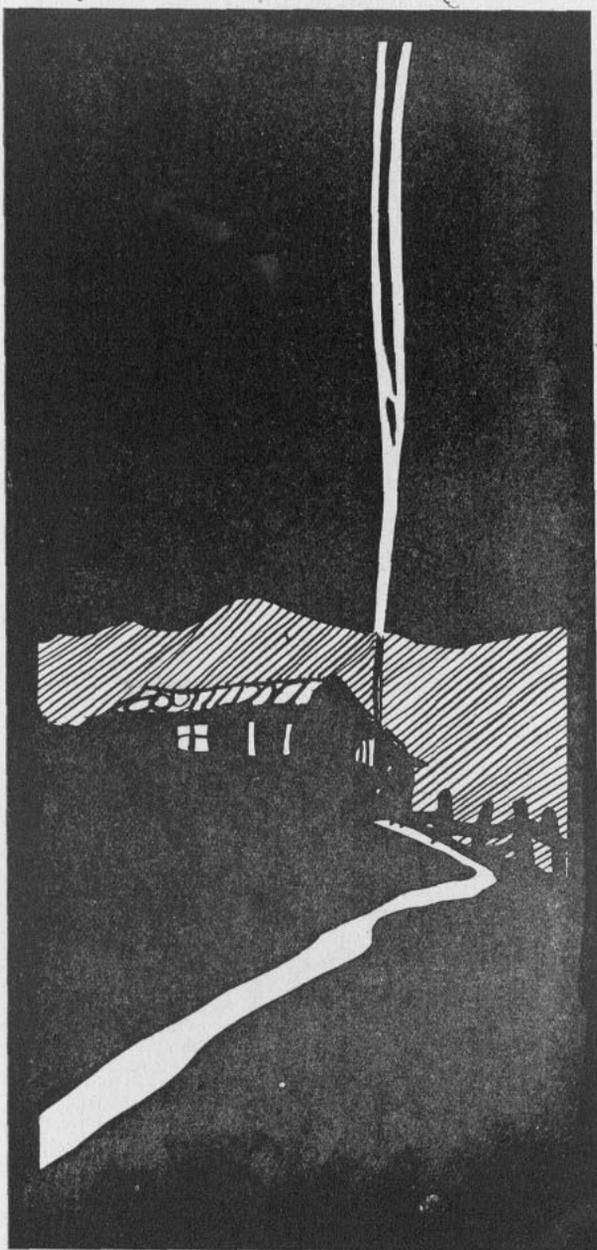
su poder, desesperanzado yá, de que el bien le toque con sus alas leves, y que sólo crea que la pesadilla aiucinante y afiebrada de una alegría inquietante, le pueda hacer sentir la sensación del goce y de los placeres intensos del vivir.

Y entonces esos hombres desesperados, esos hombres que no supieron sino de la amargura, y del fracaso, de la angustia y la tragedia sin término, buscan la alianza con el "Maliuno" con la esperanza de engañarlo en alguna forma, faltando a algunas de las cláusulas del contrato. De tirar el alma en un terrible baccarat, en el cual arriesgan nada menos que la eternidad. En esos momentos esos campesinos ingenuos, esos campesinos que inconscientemente aprendieron a soñar sintiendo la poesía del viento que en las noches primaverales, recita sus baladas y sus poemas, como una especie de melopeas interminables, se arriesgan a ir a conversar con los hombres esquivos y raros que saben el arte de entenderse con el "Maliuno". Hay en esos momentos, en sus espíritus una terrible angustia, pero, ¡qué cosa tan apremiante y terrible es vivir!

Se atreven. El "Maliuno" pasa por los caminos a veces en un coche cuyas ruedas no se sienten. Las patas de los caballos tienen cascos de terciopelo, y parece que junto a ese carruaje, la noche

es negra, negra como un nubarrón de tinta. A ratos el "Maliuno" asoma la roja luz de sus ojos por la ventanilla del coche. Es una mirada que traspasa y dá vértigo. Hay muchos que han muerto sólo de sentir la aguda saeta que los penetra y les quema el corazón, como si junto con ella se sintieran bañados en hielo negro. Otras veces el "Maliuno", va en una mula. Lleva capa negra, y sólo sus terribles miradas centellean en la noche. Es tanto el miedo que ellas causan, que en muchas ocasiones los hombres que les toca verlo, salen disparados, como un caballo que se carga a las riendas, y al cual nadie puede sujetar. Sólo después de mucho, esos hombres vienen a recuperar la razón. Otras noches, el "Maliuno" se transforma en pájaro que rompe suavemente el aire con su vuelo silencioso. Su grito fatídico, sólo lo comprenden, aquellos que saben el arte del bien y del mal. Es entonces cuando, las gentes campesinas se van a acostar llenas de extraños sobresaltos. Es en esas oportunidades cuando, los chiquillos traspasados de temores indefinibles gritan:

—¡Venga a acostarse, mamita! Tengo miedo...



LUIS DURAND